

forma, y de los medios auxiliares para su comprensión, de las obras maestras de los antiguos tiempos tenidos como clásicos. Aristófanes de Bizancio, el memorable Aristarco, y Crates el primero entre los adversarios de la escuela alejandrina domiciliados en Pérgamo, conquistaron imperecedero renombre.

La poesía, que debía cuidarse como una planta precoz, no consiguió alcanzar el apogeo á que las ciencias habían llegado: no obstante se cultivaron algunos ramos, aun en este género literario, pues, á pesar del carácter realista de aquellos tiempos, en la poesía llegó á notarse extraordinaria actividad. Cierta que no encontramos en esta época aquellos poetas «inspirados por los dioses;» pero el arte poética alejandrina estuvo en manos de eruditos versistas que, sin especial vocación poética, se habían revestido, gracias á la perseverancia y á la costumbre, de cierto barniz en que el idioma poezaba por ellos, versificando las tradiciones mitológicas y las narraciones locales de los diversos cantones griegos. El fecundo Calimaco que se limitó prudentemente al género poético de pequeña importancia y á asuntos un tanto frívolos, como himnos, elegías y epigramas, conquistó en este arte, por decirlo así, de la fabricación artística, mas renombre que los autores de las grandes poesías épicas, como el poeta de los Argonautas, Apolonio de Rodas, que vivió durante los tiempos de los Tolomeos segundo y tercero, y al cual la crítica solo concede las condiciones de buena narración, descripción agradable y especialmente de pintar con acierto los detalles de los caracteres y circunstancias psicológicas.

Entre los épicos etnográficos, el cretense Riano de Bena, contemporáneo de Eratóstenes, alcanzó gran fama como narrador de la segunda guerra mesénica y de las hazañas del antiguo héroe Aristoménes. Nada diremos del paso de la forma épica á la versificación de asuntos científicos (astronómicos, naturales y médicos), ni de las innumerables tentativas para crear, junto á los preciosos tesoros de los grandes dramáticos antiguos, nuevas piezas para representar en los distintos teatros de las cortes, especialmente en Alejandria, pues no tuvieron tanto éxito como las tentativas hechas en el terreno de los epigramas y del idilio. Las composiciones mas notables en este sentido son ciertamente las célebres poesías bucólicas del siracusano Teócrito, nacido en 295, que residió repetidas veces en Alejandria. Tomando sus asuntos de la poesía popular siciliana, describió este poeta escenas de la vida de los pastores, de los campesinos y del pueblo bajo de su isla nativa, trazadas con verdad suma y grandes atractivos.

Mas escasas fueron todavía las producciones del período alejandrino en el terreno de la prosa. Los escritores de obras científicas renunciaron á esta forma artística. Los filósofos que entonces crearon su ruda terminología, solo escribían para la escuela, no para el público en general. La oratoria habia perdido su importancia desde la muerte de Demóstenes, dominando en su lugar la retórica, especialmente en las escuelas retóricas del Asia Menor, en forma de declamación pomposa y del ampuloso estilo llamado *Asianum genus*, tal como lo habia formado en tiempo de Alejandro Magno Hegesias de Magnesia y en cierto modo distinto, por sus tendencias á los efectos de relumbrón, del que en Rodas se habia desarrollado.

También habian pasado los días en que floreciera el arte histórico griego. Los llamados historiadores del gran Alejandro no alcanzaron gran fama; y sus escritos están caracterizados por cierta falta de crítica, por una acumulación informe de materiales y por su forma afecta á las maneras retóricas de gusto asiático expresadas con exagerados colores.

Precisamente esta fué la forma que en sus escritos adoptó el siciliano Timeo, que nació en 356, huyó en 314 á Atenas á consecuencia de las persecuciones de Agatocles y falleció en 260. Apreciado por haber sido el primero que introdujo la cronología de las Olimpiadas; erudito compilador en su historia de Sicilia desde los tiempos mas antiguos hasta la invasión de los romanos, lleno de enérgica subjetividad en la crítica de los personajes, así en las alabanzas como en las censuras, rindió homenaje, en su lenguaje ingenioso y picante y algunas veces frío, á las tendencias de la época.

IV.—LOS ESTOICOS Y LOS EPICÚREOS EN ATENAS

Frente á la nueva capital literaria del helenismo que se alzaba en el territorio egipcio, conservaba Atenas una buena parte de su antigua importancia y era el centro de distintas escuelas filosóficas que se arraigaron fuertemente en su suelo. En este sentido, habia ya creado Platon una institucion que se mantuvo firme hasta los tiempos de Justiniano I. Aquel gran hombre habia dado sus lecciones en el gimnasio de la Academia, convirtiendo mas adelante en escuela el jardín que en las inmediaciones poseia, donde mandó construir una galería y un templo á las musas, templo que se consideraba indispensable en todo local destinado á la enseñanza. Mientras este jardín que, en virtud de una disposición testamentaria, se trasmitió en fideicomiso al director de la escuela, fué posesión de los académicos, encontramos en él el primer ejemplo de la fundación de un establecimiento de enseñanza muy propio para una secta filosófica. Y como esta antigua institucion tuvo despues nuevas aplicaciones, este ejemplo fué poco á poco seguido por otras tres grandes escuelas filosóficas áticas. Probablemente durante la dominación y con el auxilio de Demetrio Falereo, entró el jefe de los peripatéticos, Teofrasto, en posesión de un magnífico jardín situado junto al Liceo, que, como el de Platon, estaba convenientemente dotado y se trasmitía por herencia á los escolares.

No trascurrió mucho tiempo sin que la Academia y el Liceo se vieran sumamente concurridos. Así la ruda enseñanza de Antístenes, como la fácil filosofía de Aristipo, tomaron gradualmente un nuevo aspecto y pudieron durante varios siglos aumentarse con un considerable número de discípulos. Zenon, hijo de un tratante en púrpura de la ciudad de Citio, en Cipro, vivió, según comunmente se cree, desde el año 340 al 267; comenzó con ardor sus estudios filosóficos en su ciudad nativa, y á los veintidos años se estableció definitivamente en Atenas, donde se afilió á la escuela de los cínicos, sin participar por esto de la rudeza de su ética. Pero no muy satisfecho de sus doctrinas y deseoso de conquistar un nombre universal y de crear una filosofía esencialmente práctica que abarcara toda la existencia, estudió con energía y con ciertas tendencias eclécticas las demás escuelas socráticas y los antiguos sistemas filosóficos, fundando, probablemente en 308, la nueva escuela de los estoicos, cuyo nombre se derivó del célebre «Stoa-Pœcile», pórtico de la Agora ateniense en donde explicaron sus doctrinas él y sus sucesores.

Casi contemporáneo de Zenon fué aquel otro filósofo cuyas teorías están en completo antagonismo con las de los estoicos: nos referimos á Epicuro, que nació en 341 en una clerusa ática establecida en la isla de Samos, y trasladó su



Zenon



Epicuro

residencia á Atenas en el año 306. En esta ciudad y en las inmediaciones de la célebre puerta Dipilon, construyó un magnífico jardín, con todas las dependencias necesarias para su familia y para sus numerosos amigos filósofos, en donde, retirado de la vida pública, llevaba una vida agradable, pero en modo alguno voluptuosa, dedicándose, ya á las tareas de escritor, ya á la fundación de una nueva escuela filosófica. La posteridad ha admirado la pureza de costumbres, la prudencia en los placeres, y la bondad de corazón de este hombre que vivió setenta y dos años. La nueva escuela por él fundada procedía de las mismas fuentes que la de Zenon. La situación de Grecia en aquellos tiempos, cuando la vida pública comparada con la de los anteriores períodos comenzaba á menguar bajo el punto de vista político, cuando el Estado no se cuidaba ya de los ciudadanos, cuando la religión habia perdido buena parte de su antiguo poder, precipitó las tendencias de hombres pensadores que iban en busca de una senda por la cual pudiesen crearse una nueva ética, conquistarse una posición segura é importante respecto del resto del mundo, é imprimir dirección á la vida según sus opiniones personales. Bajo el punto de vista de la mas pura filosofía, los grandes trabajos hasta entonces llevados á cabo por los filósofos, habian dado resultados importantes sí, pero en manera alguna libres de todo ataque. El que no estaba poseído de un orgulloso escepticismo, el que no dudaba de la verdad y del poder del hombre para conocerla trabajaba en la fundación de un sistema subjetivo de una verdad fija, para hacer agradable bajo su punto de vista especial la vida práctica. De esta suerte los caracteres comunes á la escuela estoica y á la epicúrea, eran el subjetivismo, el dogmatismo filosófico, la tendencia práctica y el eclecticismo.

Epicuro, por su parte, se inspiró en la teoría de Demócrito, anterior á la de Sócrates, y en la escuela cirenaica de Aristipo: consideraba como este la individualidad y miraba como fin supremo el bienestar individual; pero su ética, que formaba la parte esencial de su sistema, profundizaba y ennoblecía notablemente la antigua concepción de Aristipo. Para él el placer era, no la satisfacción de los efímeros goces sensuales, sino el contento de su propia conciencia, la mas elevada tranquilidad de espíritu, la mas alta satisfacción interna, la mas noble libertad é independencia morales, para cuya consecución estaba su ética tan bien calculada, como lo estaba su filosofía para la consecución de sus miras intelectuales y razonados conocimientos, que eran considerados como el principio de todo lo bueno, como el fundamento de toda virtud. Las doctrinas de esta escuela no debían servir de máscara filosófica para entregarse á los placeres sensuales; pero estaban tan cerca de protegerlos, que el vulgo de sus posteriores adeptos se precipitó en esta dirección. Por otra parte, como la tendencia á la tranquilidad subjetiva puede llevar fácilmente á la inacción budista, no es de extrañar que la idea de los epicúreos de que los dioses no se cuidaban absolutamente del mundo, condujese mas tarde á la nota de ateísmo que tuvo esta escuela.

La *Stoa* se desarrollaba de un modo muy distinto: esta filosofía alcanzó su formación y complemento científicos con el enérgico Crisipo de Soloi (280 á 210), que con su prodigiosa fecundidad literaria, en la cual se separó de la forma hasta entonces seguida, y con su admirable sutileza lógica y vasta erudición, terminó la obra del anciano Zenon,

GRECIA Y ROMA

despues de animadas polémicas con los jefes de las otras tres escuelas, en las cuales se mostró como el mas insigne dialéctico de la antigüedad. La escuela estoica, que mas tarde hizo muchos adeptos entre los romanos, alcanzó muy pronto extraordinaria importancia práctica. Por esto, bajo el punto de vista científico, mostró desde luego una tendencia de la que con los estoicos participaron los peripatéticos, ya que los primeros, que por una parte dieron formas científicas á su dialéctica y por otra parte discutieron constantemente con las otras escuelas, no solo cultivaron la historia de la filosofía, sino que se dedicaron con gran actividad á la filosofía del lenguaje, es decir á la gramática y á la retórica. La gramática filosófica constituyó una parte importantísima de su sistema y puso á los estoicos en íntimas relaciones con los filólogos de Alejandria y especialmente con los de Pérgamo. Sin perjuicio de que se encontraban apartados de las manifestaciones en parte alegóricas, en parte conservadas por el sentido racionalista del escritor siciliano Eumero de Mesana, amigo de Casandro, y en parte simbólicas de la antigua mitología, supieron aparentemente mantener relaciones positivas y conservadoras con la religión del pueblo.

Sin embargo, su principal importancia la debieron á su ética, según la cual nada habia tan elevado para los hombres como vivir en la comunidad y para la comunidad, de acuerdo con la naturaleza general que es al propio tiempo la naturaleza particular; esto no solo era la mas alta exigencia moral, sino que constituía el supremo bien y la suprema felicidad. Para ellos la conducta mas satisfactoria y mas justa era aquella que se fundaba en su conformidad con la naturaleza, con la cual el bien obrar produce satisfacción propia. Con semejante vida, cumplía, según ellos, el hombre su natural destino; ella constituía asimismo el supremo bien y era el camino que conducía á la felicidad, la cual solo cifraban los estoicos en la vida moral. La virtud era para los verdaderos estoicos el bien supremo: solo el bien moral tenia para ellos un gran valor, y únicamente á él podia aspirarse. Cierta que la ética estoica, por su concepción abstracta de la noción del bien y de la virtud, no podia conducir á ninguna manifestación concreta de la vida moral, y que el ideal moral de la sabiduría solo conducía á una abstracción subjetiva privada de todas las condiciones de la vida real; pero en la práctica el estoicismo perdía una gran parte de su rudeza teórica. Entonces se pusieron de manifiesto los esfuerzos de ciertas naturalezas nobles y aptas para oponerse á la descomposición de los elementos que formaban la antigua moralidad. Los rasgos característicos de los hombres de esta escuela fueron el heroísmo, el idealismo ético, el rigorismo moral, y al mismo tiempo una profunda satisfacción de su propia conciencia, un gran sentimiento de su propia sabiduría y excelencia, y un elevado orgullo de virtud.

En lo concerniente á las dos grandes escuelas de la antigüedad, puede decirse que ni los académicos ni los peripatéticos sobrepujaron, en lo principal, á Platon ni á Aristóteles. Los aristotélicos armonizaron las doctrinas de Aristóteles y de Teofrasto, comenzaron algunas colecciones literarias y cultivaron especialmente la retórica y la ética popular en su sistema: los platónicos, por el contrario, se separaron cada vez mas del terreno de la especulación teórica. Los comentarios de los escritos de Platon, y la ética popularizada que tendía á la posibilidad práctica del ideal moral y á su conformidad con la naturaleza, fueron lo esencial hasta Arcesilao de Pitane (316 á 241), el fundador de las llamadas academias centrales que, mostrando mas energía como investigador especulativo y como escéptico enemigo del dogmatismo estoico, llegó á conquistarse un nombre célebre.

De un modo análogo, las muchas escuelas artísticas grie-

é inclinado á los goces estéticos, literarios y artísticos, abandonó el gobierno en manos de sus ministros Sosibio y Agatócles, los cuales, con sus crueldades, hicieron una política exterior débil y perniciosa é introdujeron en el reino un régimen que se apoyaba solo en la violencia. En tales circunstancias, Antioco III, que volvía vencedor del Iran, pudo en 219 atacar con éxito la Siria, en donde Tedoto, ofendido por la conducta con él seguida por la corte de Alejandría, le entregó importantes fortalezas y considerable número de buques de guerra. Antioco perdió ciertamente en 217, en Rafia, cerca de Gaza, una batalla importante contra un ejército del lágida recientemente reclutado en Grecia, y engrosado con veinte mil egipcios, pérdida que le obligó á firmar una paz que le privaba de la mayor parte de sus nuevas conquistas; pero Tolomeo IV tuvo mucho que hacer con algunos motines de los egipcios y de los judíos, que tan mal se portaron con él, y además cometió la falta, cuando firmó la paz con los Seléucidas, de enemistarse con unos nuevos y poderosos aliados.

La ambición y las violencias del orgulloso primer ministro en Antioquia, el cario Hermias, habian inducido, durante la expedición iránica, al audaz Aqueo, restaurador de la dominación de los Seléucidas en el Asia Menor, á desertar de las filas de su rey y á aceptar la alianza que de él solicitaba la corte de Alejandría, alianza en la cual perseveró, á pesar de haberse desembarazado Antioco del intrigante Hermias. Después de firmada la paz con los egipcios, arrojóse el poderoso seléucida sobre el Asia Menor; y en una sola campaña conquistó los territorios que se extendían hasta la fortaleza de Sardes. Aqueo, en 215 ó 214, á consecuencia de una

traición tramada durante su huida, cayó en poder del rey, quien le condenó á una muerte ignominiosa.

Una nueva expedición que Antioco III llevó á cabo en Oriente en 212, y durante la cual llegó hasta el Pendyab, le valió el nombre de Grande; apesar de ello, vióse precisado á reconocer la independencia de los reinos parto y bactriano. Cuando regresaba coronado de gloria á Siria, acababa de perecer el desacreditado rey egipcio Tolomeo IV (205).



Tolomeo IV

La alianza que Antioco III habia firmado con la corte de Macedonia, para llevar á cabo la conquista de las posesiones del Alto Egipto, gobernadas por el lágida Tolomeo V Epifanes, niño de cinco años, fué causa, con el transcurso del tiempo, de complicaciones con los romanos, que hacia años eran enemigos de los macedonios. Ya las grandes conmociones producidas por la guerra de Anibal, habian determinado en el Oriente griego movimientos, á consecuencia de los cuales la pequeña potencia del Asia anterior, ó sea el reino de Pérgamo, enclavado entre los reinos sirio y macedónico, y gobernado por Atalo I, que desde 222 habia conseguido, no sin grandes esfuerzos, restablecer su antiguo poderío, hizo alianza junto con otros helenos, con los romanos, que se habian asimismo aliado con los egipcios.

Antes de tratar de Italia, debemos echar una ojeada sobre los últimos acontecimientos que se desarrollaron en el mundo griego propiamente dicho, desde la desaparición de la invasión celta.

CAPÍTULO II

LOS ANTIGÓNIDAS.—LOS ETOLIOS Y LOS AQUEOS

I.—El rey Pirro en Sicilia. Muerte de Pirro.—II. El rey Antígono I de Macedonia. Guerra de Cremonides.—III. Los epirotas. Liga de los etolios. Liga de los aqueos.—IV. Sicione. Arato. Incremento de los aqueos.—V. Nueva libertad de los atenienses. Constitución de la liga aquea.—VI. Decadencia de la constitución espartana. Los reformadores espartanos.—VII. Agis IV y Cleomenes III. Caída de este.—VIII. Liga greco-macedónica de Antígono Doson.—IX. Filipo V de Macedonia y la paz de Naupactos (217).

I.—EL REY PIRRO EN SICILIA. MUERTE DE PIRRO

El prudente y audaz Antígono I que, á partir del año 277, se habia apoderado de la soberanía de Macedonia, á pesar de las condiciones que le adornaban, mas semejantes á las de su abuelo, ó á las del vencedor de Queronea, que á las de su padre, habia conseguido, asegurar el poderío de su reino, no sin tener que vencer para ello grandes dificultades. Prescindiendo de los inauditos obstáculos que á su gobierno oponían los pueblos bárbaros del Norte y del Este del reino, y de los incesantes trabajos de los Lágidas, el enemigo mas peligroso que tuvo desde los primeros años de su reinado fué el atrevido héroe moloso Pirro. Este, durante su expedición á Italia, hubo de comprender que, á pesar de las victorias conseguidas sobre las legiones romanas, los medios con que contaba habian de ser con el tiempo insuficientes para vencer á los ejércitos de Roma. Por esto aprovechó, para abandonar con buenas apariencias la desesperada empresa, la ocasión propicia que le ofrecían los siciliotas al implorar su auxilio. La situación en que entonces se encontraban los siciliotas era en extremo

penosa. Los apuros en que se habia visto el tirano Fintias de Agrigento á causa de la lucha con Hicetas de Siracusa, le habian inducido á implorar el auxilio de los cartagineses: el siracusano, después de esto, sufrió en 280 una completa derrota, á consecuencia de la cual se decidió en 279 á solicitar la intervención de Pirro. Este no se encontraba ciertamente en disposición de auxiliarle; pero en cambio, Hicetas se vió protegido en Siracusa, en 279, por Toion, contra el cual se levantó de nuevo el poderoso caudillo Sosistrato ó Sostrato: aquel poseía solo la Ortigia, y este los principales barrios de la importante ciudad. Sin embargo, mientras ambos contendientes luchaban entre sí, tomaron parte en la lucha los cartagineses que, aliados con Roma contra Pirro, firmaron una liga con los mamertinos de Mesana y procuraron, con 50,000 hombres y 100 buques, apoderarse de Siracusa. Entonces Siracusa y otros puntos de la isla solicitaron á toda prisa el auxilio de Pirro, quien tuvo que presentarse como salvador de los siracusanos que querían proclamarle su jefe. Durante el verano del año 279 pudo Pirro acampar con 8,000 hombres y una división de caballería en el Tauromenion:

favorecido por la suerte y apoyado por las simpatías que se captó entre los griegos, hizo una campaña por la isla, coronada por el mejor éxito, pues en poco tiempo se apoderó no solo de los territorios griegos de la misma, exceptuando Mesana, sino que las antiguas fortalezas por los cartagineses construidas en el occidente púnico de la isla, como Erix, Panormos y Eirce, cayeron, después de sangrientas luchas, en poder del nuevo rey de Sicilia.

Por último, á fines del año 277, los cartagineses solo poseían el Lilibeo. Entonces, sin embargo, comenzaron los desastres de Pirro. Los cartagineses querían firmar con él una paz, en virtud de la cual prometían evacuar toda la Sicilia á excepción de la citada fortaleza que, construida sobre peñascos, les permitía de muy antiguo lanzarse sobre los siciliotas. Pirro quizás hubiera aceptado estas proposiciones, á no ser por la oposición de los griegos aleccionados por la experiencia. Reanudada la guerra, fracasó por completo un ataque dirigido contra el barrio marítimo y sostenido por espacio de dos meses. Cuando Pirro, siguiendo el ejemplo de su suegro Agatócles, pensó en organizar una escuadra y luchar en Africa contra los cartagineses, se separó de él la masa de los siciliotas, caprichosos é indisciplinados, que estaban acostumbrados á verle vencedor y que desde antiguo se habian caracterizado por su inconstancia. Mientras Pirro se lanzaba á atacar rudamente la oposición que en todas partes habian producido sus preparativos, los griegos se pasaron, durante el verano del año 276, parte á los cartagineses, parte á los mamertinos. Disgustado por tales acontecimientos, decidió auxiliar de nuevo á los italiotas que estaban muy amenazados por los romanos. Después de una nueva y sangrienta victoria conseguida sobre el ejército cartaginés, salió de Siracusa, se embarcó á fines del año 276, libró combate contra la escuadra púnica y acampó en el Brucio, desde donde se dirigió á la Lócride, no sin tener que luchar en Locris con un ejército de mamertinos. Después de grandes preparativos hechos en Tarento contra los romanos, derrotado por estos en 275 junto á Benevento, y sin poder obtener auxilios de Pella, ni de Antioquia, ni de Egipto, á pesar de sus apremiantes súplicas, vióse obligado, á principios del año 274, á dirigirse con 8,000 infantes y 500 caballos al Epiro, dejando en Tarento una fuerte guarnición.

Después de la marcha de Pirro, contra todo lo que era de esperar, los acontecimientos tomaron cierto aspecto favorable y ordenado. Hieron, jóven general siracusano nacido en 306, que habia militado á las órdenes de Pirro, y á quien habia aclamado el ejército por gefe en 275, supo, con su talento y con su gobierno benévolo y prudente, no solo conquistarse el aprecio y las simpatías de los siracusanos, sino también extender considerablemente en 271 sus dominios por el Norte, después de una guerra hábilmente seguida contra los mamertinos. La intervención de los cartagineses que tuvo efecto después de una brillante victoria conseguida por Hieron sobre las tropas de Mesana, impidió que esta ciudad pasara á poder de aquél, á quien el pueblo saludó como rey con el nombre de Hieron II. Pero la nueva situación amenazadora del floreciente reino de Siracusa contra Mesana dió origen, pocos años después de la cuestión mamertina, á la primera guerra romano-púnica.

Pirro, que se encontraba en la península de los Balkanes, fué desgraciadamente un estorbo para la nueva paz que iba elaborándose. Obligado á conquistar con recientes victorias una nueva base de operaciones, poco después de su regreso, y tomando por pretexto el prometido auxilio contra los romanos, atacó á Antígono, que hacia tres años habia comenzado no sin gran trabajo, á restaurar el reino macedónico. Una batalla decisiva librada en las fronteras occidentales de Macedo-

nia, en la cual Pirro derrotó por completo á los mercenarios celtas de su adversario, fué tan favorable al rey del Epiro, que Antígono, derrotado también en 273 por Tolomeo, hijo de Pirro, no tuvo mas recurso que huir á toda prisa á las ciudades costaneras orientales, donde esperó el momento en que Pirro se enredó en una empresa importantísima. Aquel príncipe espartano Cleonimo, que recientemente habia abandonado su patria, en parte por fatales sucesos de familia, en parte por los conflictos ocurridos entre él y la oligarquía espartana, habia prestado, como oficial, grandes servicios á Pirro, aconsejándole además que le acompañara al Peloponeso, en donde esperaba derrotar al rey espartano Areo, sobrino del rudo aventurero, y á su hijo Acrotato, y fundar de este modo la nueva soberanía de Cleonimo. Pirro esperaba, al propio tiempo en esta campaña, poder destruir los últimos restos de la soberanía de Antígono en Grecia. Cuando en 272 apareció en el Peloponeso el ejército epirota, compuesto de 25,000 infantes, 2,000 caballos y 25 elefantes, fracasaron, contra todo lo que era de esperar, los ataques que dirigió contra Esparta, cuya resistencia se hallaba apoyada desde Argos y Mesenia, ante la heroica energía de sus habitantes y de sus valientes mujeres. Mientras Pirro lograba á fuerza de constancia sostenerse en esta comarca, Antígono reunía un nuevo ejército, enviaba por mar tropas de refuerzo á Esparta, y emprendía en persona la marcha al Peloponeso. Pirro, que temía ser atacado por Antígono, abandonó, después de sangrientas luchas, el territorio del Eurotas, y se dirigió precipitadamente á Argos para arrebatar esta plaza á los partidarios de Antígono, que se presentó en sus cercanías; pero al llegar, después de haber dirigido el asalto de noche, pereció el noble héroe epirota en la reñida batalla que se trabó en las calles de la ciudad.

II.—EL REY ANTÍGONO I DE MACEDONIA. GUERRA DE CREMONIDES

A consecuencia de esta catástrofe, el comandante epirota de Tarento entregó esta ciudad á los romanos. En Grecia y en Macedonia, todo favorecía al rey Antígono, mientras que Alejandro, sucesor de Pirro, se veía reducido á los territorios que antiguamente constituían el reino epirota. Pudo aquél, entonces, llevar á cabo la restauración de su imperio entre los Balkanes y las fuentes del Axio, al Norte, y al Sur, entre aquellos y las fronteras laconias. Pero en tanto que la corte de Pella estaba en buenas relaciones con los Seléucidas, oponía á su predominio grandes obstáculos, la política de los Lágidas. De Alejandría procedían todas las agitaciones que fomentaban ó protegían aquellos elementos que, desde que comenzó á decaer la denominación egipcia, procuraban conservar su independencia contra la soberanía de los Antigónidas. Mientras en distintos puntos de Grecia, especialmente en el Peloponeso, la potencia macedónica se apoyaba en un número de los llamados tiranos, y en Corinto, Calcis y Demetria existían fuertes guarniciones macedónicas, supo Tolomeo II Filadelfo organizar en Atenas un movimiento de importancia contra Macedonia.

Atenas, desde la caída de Demetrio Poliorcetes, gozaba nuevamente de su independencia; por mas que su poder estuviese solo reducido al Atica. Las exageradas ordenanzas de Antígono y de Demetrio, quedaron derogadas y las nuevas filas Antigónida y Demetria fueron suprimidas. La benevolencia y la liberalidad del lágida, que, ya por amor á la ciencia, ya por motivos políticos, favoreció extraordinariamente á Atenas, fueron muy bien acogidas en esta. El rey egipcio fundó en 275 el Tolomeon, nuevo establecimiento de enseñanza, dotado de una biblioteca, para los jóvenes efebos atenienses, que fué el primer gimnasio que se cons-

gas, á las cuales, desde los tiempos de Cares de Lindos, discípulo de Lisippo, se agregó la de Rodas, así como las profesiones artísticas, se extendieron en gran manera, sin por esto alcanzar el grado de esplendor de los antiguos tiempos.

V.—HISTORIA DE LOS PERGAMENENSES, SELÉUCIDAS Y TOLOMEOS

Vamos ahora á describir á grandes rasgos la historia de los epígonos hasta el momento en que los romanos intervinieron en los sucesos del Oriente griego. Antíoco I (281 á 261), hijo de Seleuco, se encontró desde los primeros tiempos de su reinado en lucha con dos potencias. Mientras que por el Sur Tolomeo Filadelfo se apoderaba de la Siria meridional, vióse el seléucida, á partir del año 277, envuelto en una cruel guerra en el Asia Menor contra aquellos celtas ó gálatas que habían sido llamados por Nicomedes de Bitinia, que había implorado su auxilio contra su rival y contra Antíoco. Restablecida la paz entre éste y aquél, las tribus gálatas de los trocmos, tolistobogos y tectosagos comenzaron á saquear é incendiar las poblaciones del Asia Menor, lo cual indujo á Antíoco á inaugurar una enérgica campaña contra ellos. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito mas completo, consiguiendo, sin que se sepa en qué año, derrotar completamente á los gálatas, gracias á los estragos que en ellos hizo su elefantería. Las hordas de aquellos bárbaros no tardaron en reponerse de este descalabro, pero creyeron necesario establecerse y se establecieron desde entonces, en el territorio asiático que se extiende desde las fuentes del Sangario hasta el valle del Halys central. La comarca situada entre las ciudades de Pesino y Tavia, inclusa la capital Ancira, comarca que denominaron durante algunos siglos Galacia, quedó en su poder; y desde ella, y á pesar de los esfuerzos de sus vecinos, se hicieron temibles á los asiáticos. Y no fueron los Seléucidas los que les obligaron á permanecer constantemente quietos y á civilizarse gradualmente; esta obra se debió mas bien á una potencia helénica que entonces comenzó á formarse en el Asia Menor á expensas de Antíoco I.

Filetero de Pérgamo, el administrador del tesoro de Lisimaco que había caído en poder de Seleuco, á consecuencia de los movimientos que estallaron despues de la muerte de Lisimaco y por efecto de la prudente política de balancin que siguió, se había creado una independencia y una especie de posición dinástica, que supo conservar aun á despecho de Antíoco I. Cuando este empuñó las armas para arrebatar al lágida las costas fenicias y la Siria meridional, y cuando los egipcios, en su consecuencia, bloquearon con su escuadra las costas del Asia Menor, atacando algunos puntos é insurreccionando otros, apareció en escena Filetero y extendió notablemente sus dominios en perjuicio de Antíoco. La escuadra de Antígono de Macedonia, aliado del rey de Siria, consiguió sin embargo derrotar por completo en Cos á los egipcios. De esta suerte Antíoco, que entre tanto había conquistado á Damasco, pudo dirigirse de nuevo contra Pérgamo, en donde Filetero, que había muerto en 263 había dejado el dominio á su sobrino Eumenes I. Este en 262 ganó junto á Sardes, una victoria sobre las tropas seléucidas; y habiendo muerto al poco tiempo Antíoco I (á principios de 261), subió al trono su hijo Antíoco II, hombre que con su desordenada conducta, su arrebatado ímpetu y sus violencias, se separó de la prudente y segura política seguida hasta entonces por los gobernantes sirios é introdujo profundas alteraciones en su reino.



Antíoco I

La política de oposición entre los Lágidas y los Seléucidas se iba acentuando cada vez mas. El rey Tolomeo II Filadelfo, celoso y entendido protector de los intereses mercantiles y científicos promovió progresivamente el florecimiento material de sus estados. Contando con un ejército de 200,000 infantes, 40,000 caballos y 300 elefantes, con una enorme escuadra, compuesta, entre otras embarcaciones, de 1,500 buques de guerra de primera clase, con unos ingresos anuales de 300 millones de reales, y con un tesoro que ascendía próximamente á unos 13,500 millones de reales, su poder no pudo ser derribado ni seriamente conmovido, á pesar de los esfuerzos que hizo contra él, especialmente en Cirene, la política de los Seléucidas. Su política extranjera le aconsejó cruzar con su escuadra el mar Egeo, y llegó hasta Bitinia. El deseo de que la potencia egipcia no se extendiera por las costas tracias, indujo á Antíoco II, desde los comienzos de su reinado, á robustecer su gobierno y á someter á su soberanía todos los territorios que se extendían desde las fronteras macedónicas hasta las de Bizancio. Esto ocasionó una guerra entre Siria y Egipto (258), en la cual no alcanzó gran éxito la primera de esas dos potencias. Las costas cilicias, Efeso y Magnesia del Meandro, cayeron en poder de los egipcios. La declaración de libertad de las ciudades jónicas por la corte de Siria y nuevas dificultades creadas en Cirene y en la corte de Pella, pusieron poco á poco término á las victorias de los egipcios; hasta que en 248 se firmó una paz, en virtud de la cual Tolomeo devolvió las costas cilicias y panfilias, y Antíoco II se casó con su hija Berenice. Esta alianza fué al poco tiempo causa de una espantosa catástrofe.

VI.—EL REINO BACTRIANO Y EL REINO PARTO

Antíoco II, durante su gobierno, había sufrido grandes pérdidas en Oriente. Prescindiendo de que la irrupción de los misioneros budistas en las comarcas indias se cruzó con el helenismo, y de que en la Atropatene métrica los antiguos cultos persas se unieron con el magismo, se ofrecen á nuestra consideración una lucha entre el rey medo Artabazanes de Atropatene y los generales de Antíoco II, y el movimiento de la potencia meda hácia las orillas meridionales del mar Caspio y las puertas caspias, tan importante para la alianza entre Mesopotamia y el Nordeste del Iran. Ambos hechos fueron causa de que, por un lado, el regente de la Bactriana, Diodoto, se separase del reino sirio y fundara un estado independiente greco-bactriano; y de que, por otro, probablemente en el año 250, un atrevido caudillo, bactriano ó parto, llamado Arsaces, procedente del Oxo, insurreccionase con sus hordas nómadas la Partia, se apoderase de ella y fundara ó un nuevo reino, el de los partos, cuya capital fué Hecatompilos.

Aquí se inicia ya la nueva tendencia de la historia de Oriente. Antíoco II, despues de la paz firmada con los egipcios, no reclamó por medio de las armas contra aquel desmembramiento de sus Estados. Con motivo de su casamiento con la hija del rey egipcio, repudió á su primera esposa Laodicea, hija de Aqueo, uno de los mas poderosos macedonios establecidos en Asia, y á sus hijos. Aqueo y su hijo Andrómaco perdieron desde entonces la brillante posición que tenían en la corte y se dirigieron al Asia Menor. Pero cuando el rey se dirigió á los mismos sitios, en 247, poco despues del nacimiento de un hijo de Berenice, dejóse persuadir por los partidarios de la repudiada Laodicea, á quien llamó de nuevo á su corte, establecida en Laodicea ó en Sardes. Pero allí, la vengativa Laodicea le envenenó, no sin conseguir que en el lecho de muerte nombrara como sucesor al trono á su hijo Seleuco: luego mandó asesinar á todos los

amigos de Berenice que formaban el séquito del rey, mientras sus partidarios en Alejandria daban la muerte á la egipcia, á sus hijos y á las damas que componian su corte.

VII.—SELÉUCIDAS Y TOLOMEOS

Tolomeo II Filadelfo, que murió poco despues, en otoño de 247, no pudo tomar venganza de este hecho, cuya tarea correspondió á su hijo Tolomeo III Evergetes. Este enérgico y guerrero Faraon, al cual adornaban grandes cualidades, comenzó enseguida la aniquiladora guerra contra la vengativa Laodicea, contra su hijo Seleuco II y contra el mismo reino sirio, que ya comenzaba á vacilar sobre sus cimientos; guerra que durante mucho tiempo fué favorable á los Lágidas. El completo desmoronamiento del reino sirio hasta el Iran, la creciente fuerza del reino del Nordeste, contrastando con la confusión que al Oeste reinaba; la caída en poder de Tolomeo no solo de la Siria, sino tambien de las comarcas costaneras desde Panfilia hasta el Helesponto, excepto algunas poblaciones como Esmirna y Grineion, y de los territorios que se extendían hasta Sárdes y Magnesia, fueron los fatales acontecimientos que no pudo evitar, á pesar de su nueva alianza con los romanos, el jóven caudillo, cuyo adversario vencedor, el inteligente estratégico Xantipo, que poco antes estaba al servicio de los cartagineses, operaba entonces en el Asia como general de Tolomeo III, mientras el prudente egipcio se había atraído á su causa al hermano menor de Seleuco, Antíoco Hierax, á quien había cedido la Cilicia.



Tolomeo II

En 243 había conseguido el lágida una gran preponderancia: la union de toda la Siria con el valle del Nilo completaba la gigantesca constitución de la potencia egipcia. A pesar de todo, Seleuco opuso enérgica é infatigable resistencia á la desgracia que sobre él pasaba; pero cuando veía casi coronados sus esfuerzos en Siria y en el Tigris, levantóse contra él su hermano Antíoco, que, protegido por los mercenarios gálatas, consiguió grandes victorias en el Asia Menor. Durante el año 239 firmóse la paz general, en virtud de la cual Seleuco cedió á su hermano los territorios del Asia Menor hasta el Tauro, mientras por su parte conservaba Tolomeo III las comarcas que se extendían desde el Helesponto hasta la Panfilia y las costas sirias hasta la desembocadura del Orontes.

Entonces por primera vez pudo Seleuco, favorecido por la fortuna, que solo le fué adversa contra los partos, pensar en apoderarse de una parte del Iran interior, mientras el rey de Egipto luchaba en Cirene; y no solo el rey de Macedonia sino tambien otras pequeñas potencias, como Rodas y Pérgamo, que temían la preponderancia del Egipto, se pasaron, aun antes de firmarse la citada paz, al bando de Seleuco. La escuadra macedónica había sufrido en 245 una completa derrota, junto á Andros; en cambio los rodios, que por mar habían sido muy afortunados, ganaron con aquella paz una parte de tierra firme en las costas carias.

El reino de Pérgamo alcanzó en esta ocasion extraordinaria importancia. El príncipe Eumenes I conservaba aun el territorio que se extendía desde el golfo adramiténico hasta el eleático: su sobrino y sucesor Attalo I, que gobernaba desde el año 241 y que fué pronto el principal enemigo de Antíoco Hierax, derrotó por completo á los gálatas (239-236), que vieron limitados sus dominios, en los cuales hubieron de permanecer tranquilos. Entonces tomó el título de rey y, despues de proteger las artes y las ciencias, siguiendo en esto las tradiciones de su familia que, al contrario de lo que

acontecía en otras, se distinguía por la buena armonía entre sus individuos, dirigió con éxito sus armas contra el rey Antíoco Hierax, que, guiado por su desmedida ambición, había inaugurado de nuevo la guerra contra su hermano Seleuco. Hierax, poco afortunado en la guerra, se evitó una gran derrota con la intervención de los egipcios.

VIII.—SIRIA HASTA ANTÍOCO

A partir de este tiempo y mientras Tolomeo III, que con los años se había aficionado á la vida regalada y cómoda, se enemistaba con la corte de Antioquia, Antíoco Hierax, que á su vez se había enemistado con los egipcios, se enredó en una serie de luchas con los de Pérgamo (228 y 227), y huyó en 225 á Tracia, en donde fué muerto por unos bandidos celtas. Segun parece, trocó la alianza egipcia por la macedónica, á consecuencia de lo cual la corte de Alejandria aceptó la liga con Pérgamo, que tenía mucha mas importancia.

Desde entonces tomó incremento la enemistad entre los reyes de Pérgamo y de Pella, que tanta trascendencia debía tener en la posterior invasión de los romanos, enemistad que había comenzado cuando empezó á debilitarse el poder de los lágidas, al paso que continuaba brillando la buena estrella de los Seléucidas. El audaz Seleuco II se dirigió apresuradamente al Asia Menor para salvar las posesiones de su hermano, amenazadas por la conquista de los de Pérgamo, y encontró la muerte en esta expedición, siendo su ejército completamente derrotado. Su hijo mayor, Seleuco III, Soter ó Cerauno, no pudo tampoco vencer á los de Pérgamo; por el contrario, cuando en el año 222, acompañado de su pariente Aqueo, hijo de aquel anciano individuo de la real familia, y al frente



Tolomeo III

de un ejército considerable, atravesó el Tauro y llegó casi hasta Frigia, pereció repentinamente. Esto ocasionó un cambio trascendental. El ejército proclamó rey á Antíoco III, hermano de Seleuco III, que desde Babilonia gobernaba la satrapía superior. Aqueo continuó la guerra contra Atalos I con tal fortuna, que los pergamenenses perdieron á Sardes y la mayor parte de las ciudades jónicas, y se vieron amenazados aun en sus propias comarcas antiguas. Entonces el jóven rey, dotado de un gran sentido práctico, y recordando la pasada grandeza del reino de los Seléucidas, hizo los necesarios preparativos para atacar el Egipto, á pesar de que en Media y en Persia se habían levantado contra él sus infieles gobernadores Molon y Alejandro. Cuando Antíoco en persona luchó en Celesiria sin éxito alguno, contra un ejército egipcio que estaba á las órdenes del general etolio Teodoto, decidió el rey dominar la temible sublevación de Oriente que cada vez tomaba mayores proporciones: dirigióse, en efecto, hácia las comarcas sublevadas, en donde atacó con éxito á los amotinados sátrapas, reconquistando las provincias perdidas y haciendo sentir su poder en la costa misma de la Atropatene.

IX.—TOLOMEOS III, IV Y V

A esto agregóse la trascendental circunstancia de la muerte de Tolomeo III Evergetes, acaecida durante el otoño del año 221. El hecho de que en el reino de los Lágidas, completamente centralizado, todo dependía cada vez mas de la capacidad personal del rey, fué á la sazón en extremo funesto para la política exterior de aquel Estado. Esta era tan intrincada en sus relaciones con Grecia, Tracia y el Asia anterior, que el rey Tolomeo IV Filopator, aficionado á toda clase de desórdenes